

Hacia arriba, para ver más.



Kenshinkan dôjô 2014

Estas palabras están dedicadas a mi amigo, Joaquín Bohórquez, que además de haber sido profesor de Arquitectura y editor, es un estupendo Sensei de Budô.

Agradeciendo la solidez de su ejemplo en ese camino intenso de investigación a través del estudio del Arte Marcial que ha mantenido durante años todos aprendemos de él.

Estaba simplemente a su lado, formando en aquel momento parte de su entorno más íntimo, pero en el fondo sentía que mi distancia respecto a él se alargaba más y más, a medida que mis ojos escudriñaban el espacio, hollaban el cielo y veían cómo allá, en el inmenso azul, se perdían los últimos metros de su copa infinita.

No puedo decir su nombre porque la biodiversidad que contenía el bosque era inimaginable para mí y mis conocimientos en relación a la flora primaria de Corcovado eran y continúan siendo escasos pero, no obstante, eso era entonces secundario, todo lo más, podría haber sido un nuevo accesorio que anotar en mi libreta de viaje.

Solo puedo decir que aquel árbol inmenso buscaba denodadamente la Luz. Y la encontraba, cincuenta metros por encima del suelo que yo pisaba.

Apoyada en una de las gambas de aquel Ser Vivo tan Auténtico, una serpiente camuflaba toda su naturaleza, dibujándose en el idéntico color con el que el musgo poblaba las raíces del árbol. Era una de las serpientes más conocidas de la Reserva Nacional de la Península de Osa, en el Pacífico Sur de Costa Rica. Su picadura resulta ser totalmente agresiva. Si ataca, no hay escapatoria posible. No obstante, a pesar de su belleza, de su inmovilidad y de su imposible quietud, su mundo estaba limitado a su espacio más próximo. Nunca, en toda su vida, tendría la sed de las alturas, la necesidad de encontrar respuestas veraces: ese impulso hacia la incógnita que nos hace crecer hacia lo distante, hacia lo elevado. Ella, como el Danta, el

Jaguar, el Ocelote, el Agutí, el Caimán o el Cocodrilo, siendo, como son, seres maravillosos, son también primarios y elementales y, como tal, sujetos a lo inmediato, anclados, sólo, en el angosto terreno que pisan.

Descuidando el orden de mis pensamientos, volvían una y otra vez a mí las imágenes que siempre me han habitado y me habitan. Sentía esa impronta que ha pulsado mi vida durante cuarenta años: el intento de hacer conectar la Vida del Mundo con la Vida del Budô y, esto último, para hacer comprender que el pulso de ambas existencias transcurre siempre en paralelo. Sí, la Vida del Mundo es siempre la Vida del Budô. Esto se comprueba con el devenir de los años, observando esa multitud de formatos que componen el tiempo que transcurre y es experimentado.

Una de esas imágenes que recuerdo con mayor intensidad es aquella del gran Morihei Ueshiba, fundador del Aikidô, mirando, también él, hacia arriba, buscando un horizonte mayor en el que acodarse y sentar su yo más íntimo, para descansar allí de aquel que fue su constante Viaje de Exploración Interior. Esa es una de las fotografías que más me gustan de aquel genio del Bujutsu: una forma de ser *Hombre de Budô* ya hoy en retroceso, en retirada del contexto actual, en exterminio sin freno, pues Ueshiba Sensei reunía dentro de sí el trabajo físico y técnico más intenso con la búsqueda espiritual más sincera. Siempre -nos dice en sus escritos- mirando hacia arriba, buscando a través del estudio del Budô una respuesta capaz de satisfacer las constantes preguntas que el Ser Humano se ha atrevido a plantear.

En Japón, es fácil encontrar un *shimenawa* (cordón sagrado) reuniendo consigo dos pedazos de roca distantes, separados, tal vez, por un brazo de mar. Ese auténtico *cordón umbilical* que es el *shimenawa* pretende hacer de dos mundos, uno solo. También esto es extrapolable a esos dos ámbitos que componen el Budô: la técnica y la ausencia de técnica; lo tangible y lo intangible; lo comprobable y lo inmaterial. Como en el *kamidana* del dōjō, el *shimenawa* delimita

dos mundos pero, también, los reúne y unifica, haciendo de esta forma comprender al budoka sincero que ambas dimensiones están conectadas, que ambas son consustanciales, que ambas forman parte de la naturaleza de su estudio.

Allí, entre los árboles de la jungla de Corcovado, me vino a la memoria aquel remarcable poema del gran Alfredo San Bartolomé, uno de los pioneros del Judô en nuestro país, fundador también de la Federación Española de Judô a finales de la década de los años cuarenta.

El Sensei Alfredo San Bartolomé expresaba así su enraizamiento en la vida, utilizando como vehículo el Arte de Jigoro Kano, manifestando en él su búsqueda de respuestas ante los interrogantes que le planteaba su existencia.

Describiendo en el poema la lucha sin cuartel de un árbol herido de muerte, pero aferrado a la vida en su último combate, San Bartolomé nos hacía partícipes de su propia epopeya vital: una larga vida en la que su Arte le sostuvo en pie hasta su último aliento.

Estas fueron sus palabras:

Yo soy este árbol muerto

Peleando con su lucha de mantenerse en pie.

Mira sus ramas secas. Retorcidas. Vacías.

Como pidiendo al cielo la razón de un ¿por qué?

Mira esas otras ramas, quebradas y rajadas.

Como símbolos rotos de mil sueños perdidos.

De esperanzas fallidas. De ilusiones truncadas.

Mira esos nudos duros, de corteza rugosa.

Cicatrices profundas de ilusiones nonatas,

Muertas justo al instante de empezar a nacer...

Cuando mires este árbol,

Cuando mires sus ramas, retorcidas y secas.

Cuando veas sus nudos. Su corteza rajada.

Recuerda que es un árbol

Que está muerto y que aún sigue

Sosteniendo su lucha

Por mantenerse en pie.